



# Nuestras raíces AA

Boletín institucional  
09-12|2024  
Vol. 9, núm. 3

CENTRAL MEXICANA DE  
SERVICIOS GENERALES DE  
ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS, A.C.



**Recordando a Ricardo P.  
y la primera junta  
de información pública  
en México**

**Entrevista al  
C. Federico F.**

**Gordon Mac Dougall  
y la Cruzada del Caribe**

Marca registrada ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial.  
Registro en trámite.

Órgano digital de información y servicio del departamento de archivos históricos, publicado cuatrimestralmente por la Oficina de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos en México.

Central Mexicana de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos, A. C.

Calle Huatabampo núm. 18, colonia Roma Sur, C. P. 06760, alcaldía Cuauhtémoc, Ciudad de México, México.  
Apartado postal 2970, C. P. 06000.  
Tels.: (55) 5264•2588, (55) 5264•2406, (55) 5264•2466

Sitio *web*  
<http://www.aamexico.org.mx>

Se publica en el sitio *web* de Central Mexicana, para su descarga gratuita.

Gerente de la OSG:  
Ing. Alberto Juárez García

Jefe de Archivos Históricos:  
Lic. Oswaldo Amaro Guerrero

Editora:  
Mtra. Alejandra Martínez Austria

Corrector de estilo:  
Mtro. Carlos Alberto Ortiz Ortiz

Arte gráfico:  
Lic. María Elena Dorantes García  
Lic. Adrián Olivier Silis

Vol. 9, núm. 3/09-12/2024

El presente boletín está dirigido a miembros de Alcohólicos Anónimos.

Su uso es transmitir datos históricos de la comunidad, protegiendo el anonimato de los participantes alcohólicos citados, para enriquecimiento de la misma. Su contenido no transgrede en forma alguna nuestra tradición de anonimato ante los *medios de comunicación pública* (radio, televisión, Internet, etcétera).

## Recordando a Ricardo P. y la primera junta de información pública en México

El pasado miércoles 18 de septiembre se conmemoró el 78.º aniversario de la primera junta de información pública sobre AA, que constituyó el primer esfuerzo por dar a conocer a la sociedad mexicana las bondades del joven movimiento que se puso en marcha en junio de 1935 en la ciudad de Akron, Ohio, en los Estados Unidos de América, poniendo de relieve su exitoso programa de recuperación que, con el paso del tiempo, fue avanzando con mayor firmeza hasta consolidarse, ganando terreno al flagelo del alcoholismo.

La iniciativa de la junta corrió a cargo de Ricardo P., conocido cariñosamente entre sus amigos como «Dick», quien desde muy joven se vio obligado a dejar su humilde hogar en el monte, el cual estaba ubicado cerca de Tetecalita, un pueblo del Estado de Morelos, para emprender un largo viaje al vecino país del norte en busca de una mejor vida, atravesando por bosques y el desierto, escondido en los vagones de carga de un tren con dirección al norte, donde, al



*Ricardo P.*



cruzar la frontera, Texas fue el primer punto de llegada, hasta terminar el viaje en Cleveland, Ohio.

El joven Ricardo atravesó por diversos claroscuros en los Estados Unidos, donde experimentó una de las etapas más difíciles de su vida. En ella se encontró al borde de perder la bendición más grande que todo ser humano puede recibir, su familia, cuando, llegado el momento, se asomó al profundo abismo que terminó por arrastrarlo, al entrar en contacto directo con el alcohol que lo convirtió en otro esclavo más.

Por sugerencia de Helen, su esposa, Ricardo regresó a su patria en calidad de representante de la comunidad alcohólica, con el propósito de dar a conocer a sus paisanos, a través de la junta de información pública, la existencia de una alternativa novedosa respecto a los ineficientes tratamientos convencionales para la atención del alcoholismo, que en la práctica estaba demostrando excelentes resultados en pacientes que no podían encontrar la forma de superar sus problemas de control sobre su manera de beber, lo que a la postre derivó en el reconocimiento que recibió el movimiento de los Alcohólicos Anónimos por parte de expertos que se desenvolvían en el ámbito de las ciencias de la salud en gran parte del territorio estadounidense.

Ricardo eligió al entonces Distrito Federal como el punto de reunión para la junta de información pública. Buscó difundirla, siendo el reconocido diario *El Universal* quien ayudó a difundir la noticia, mediante un reportero que escribió algunos artículos, dentro de los que destacan: «Dique en contra de la embriaguez inveterada» y «Un núcleo de la sociedad AA que aquí luce contra el alcoholismo».

Ambas publicaciones aparecieron en la primera plana, en la edición del día 12 de septiembre de 1946, pocos días antes del evento programado para el celebrarse el día miércoles 18 de septiembre, en el teatro Abelardo Rodríguez, conocido popularmente como el «Teatro del pueblo», el cual se encuentra ubicado a pocas cuadras del Palacio Nacional; en el corazón del centro histórico de la Ciudad de México.

En la reunión se informó a los asistentes, sobre los beneficios contenidos en el pro-



*Nota periodística publicada el 12 de septiembre de 1946.*

grama de recuperación que en los Estados Unidos estaba logrando salvar las vidas de muchos enfermos alcohólicos, que en diversos casos fueron declarados «incurables», siendo en ese entonces un fenómeno que estaba recorriendo rápidamente dicho país, de este a oeste, desde importantes urbes como Nueva York, Ohio, Michigan, Massachussets, hasta Missouri, California o Florida, dejando a su paso la apertura de muchos grupos en diversas poblaciones, grandes y pequeñas.



*Vista del interior del Teatro del Pueblo.*

Cabe señalar que, de acuerdo con el C. Ricardo P., la convocatoria solo consiguió reunir a un puñado de personas que no superaron las ocho, por lo que más tarde lo calificaría como intrascendente, ya que tuvo que volver casi de inmediato a los Estados Unidos para atender sus múltiples responsabilidades; sin embargo, a pesar de la escasa asistencia, esta junta de información pública hasta la fecha se sigue reconociendo como el esfuerzo de un alcohólico recuperado que viajó desde Cleveland, Ohio, para compartir con sus paisanos las bondades del programa de recuperación que lo ayudó a superar su propia enfermedad y que le brindó una segunda oportunidad para comenzar de nuevo.

Han pasado más de siete décadas de distancia. Si bien es cierto que como resultado de la junta no se dio el paso del mensaje ni tampoco fue posible llevar a cabo la apertura de ningún grupo —aunque una semana después iniciaría el «Mexico City Group», un grupo fundado por dos estadounidenses y tres mexicanos que, dicho sea de paso, no guarda relación alguna con el evento organizado por Ricardo P.—; la junta se recordará como la primera de su tipo en México, así como la manera en la que un alcohólico rehabilitado dejó su legado a la posteridad, mediante la puesta en marcha de su Paso Doce.

# Entrevista al veterano

## Federico F.

*Gracias por acompañarnos y por la disposición de compartir su experiencia de todos estos años, de lo vivido desde que usted llegó a Alcohólicos Anónimos.*

*¿Podríamos empezar con su nombre y cómo llegó a la comunidad de Alcohólicos Anónimos?*

Mi nombre es Federico F., y soy alcohólico. ¿Cómo llegué? Bueno, esto es un poco difícil. En un principio, allá por 1964, a mí me pasaron el mensaje y me sentí ofendido: «¿Cómo, yo alcohólico?». No se me olvida. Una tarde calurosa, allá por el Desierto de los Leones, estaba trabajando en la casa de un señor que tenía muchos perros, pero no tenía hijos, y a los perros les hizo una alberca. Entonces, fui y me compré un jarro de pulque; me quité las botas, metí los pies al agua, a la alberca de los perros, y el maestro que andaba pintando la casa bajó. Y le dije: «¿Quiere un jarro de pulque?». Me dijo: «No tomo». «¿Pues a qué bajó?». Y me empieza a hablar de Alcohólicos Anónimos. ¡No, hombre!, me sentí ofendido, con

perdón de la palabra: le menté la madre hasta que quise. Y él tranquilo. Finalmente, me dijo: «El día que usted quiera ir a Alcohólicos Anónimos, dígame, y yo lo llevo».

En ese tiempo, estamos hablando del 64, los grupos no tenían anuncios. Alcohólicos Anónimos era totalmente desconocido. Entonces, cuando este amigo me habló de Alcohólicos Anónimos para que yo dejará de beber, le dije: «No, el día que quiera yo voy»... por el desconocimiento.

Yo bebía diario, diario, diario. Cuando me volvieron a pasar el mensaje ni me acordaba que ya me habían hablado de Alcohólicos Anónimos. Y un amigo me llevó al grupo «La Merced», que en ese tiempo estaba en Regina 116. Y ahí llegué, y no me gustó nada Alcohólicos Anónimos.

Una de las cosas importantes que recuerdo fue el ver en los Pasos del programa el nombre de Dios; ¡Uy no! yo llegué divorciado de Dios; no quería saber nada de él. Yo decía: «No, yo no soy alcohólico... yo no soy». Llegué



andrajoso, mugroso, yo venía del tiradero de Santa Cruz Meyehualco, y a los diez meses decidí irme de Alcohólicos Anónimos. Y no tenía a donde ir, pero habían ido unas compañeras mujeres; tres de ellas, cuatro, fueron al grupo «La Merced» a invitarnos a un grupo institucional, al sanatorio Rafael Lavista el grupo «21 de Septiembre». Y fui, no con la intención de transmitir el mensaje, ¿en 10 meses que podía yo captar?, y con la idea de que no soy alcohólico. Me gustó asistir a ese grupo, y de ahí se abrieron otros grupos institucionales en diferentes hospitales.

Para esto, quiero decirles que en el grupo «La Merced» había muy buenos padrinos. Uno de ellos, siempre lo he dicho, fue un padrino que, viendo mis características, agresivo, broncudo, peleonero, [me aceptó]. Cabe mencionar que desde niño fui tartamudo, yo no podía hablar y si hablaba, hablaba con puras groserías, y había padrinos que me decían: «Modera tu vocabulario estás en Alcohólicos Anónimos, ya no hables con groserías». «Aquí no hay jefes», yo decía...

Había otro padrino, Andrés L., que, viendo mis características, me inculcó los servicios. Hoy lo recuerdo. Él tenía carencias, igual que yo, e iba por él o iba a su trabajo los sábados a las dos de la tarde y nos íbamos, nos íbamos de parranda: un defecto que teníamos. Y un día, un sábado,

me dice: «Hoy no vamos a ir a ningún lado, voy a ir —él me dijo— voy a ir a hacer aseo al grupo». El grupo era un local más grande que este, donde entre semana cabíamos como 70 gentes y los sábados éramos hasta 100. Llegamos al grupo, me sentó en una silla, me sirvió un café, y él se puso a limpiar el piso. Y yo dije: «¿A qué horas va a acabar?». Agarré mi cubeta, me quité mis zapatos, me puse a limpiar el piso.

Hay cosas que uno desconoce y no le gustan. Cuando terminamos de hacer el aseo, me dice: «Vente, vamos a comer. En la noche, cuando pregunten quién hizo el aseo, no digas que nosotros. No, nosotros no fuimos, los que hicimos el aseo». Y dicho y hecho. Llegaron y olía hasta bonito el grupo de que habíamos hecho el aseo y todo. «¿Y quién hizo el aseo?». Y Andrés se me quedaba viendo y me decía: «¡Cállate!». Está bien, me callo. Entonces, este amigo me enseñó los servicios. Ese fue uno de los primeros, sin darme órdenes. Y luego me dijo:

—Oye, hay que ir a la intergrupala.

—¿Y qué voy a hacer allá?

—Pues vas a escuchar la junta, y lo que escuches vienes y nos lo platicas.



Esto es una bronca; tartamudo, sin poder hablar y luego decir lo que... ¡No, pues de dónde!

*Qué bueno que menciona la oficina intergrupala. ¿Nos puede platicar qué es lo que sabe acerca del origen de estas?*

El origen de las oficinas, que fueron dos, fue allá por 1964. Todo eso lo tengo por escrito, porque a veces me invitan a compartir la historia de Alcohólicos Anónimos en México y traigo un acordeón para no repetir y no equivocarme.

Fueron ocho compañeros. Me acuerdo de los nombres de algunos de ellos, no de todos. Se fueron a una convención de Centroamérica, Panamá, el Caribe y México, a Guatemala, me parece, y les gustó mucho ese evento de Alcohólicos Anónimos.

Entonces, ellos, con la emoción, pidieron la sede de la siguiente convención en México y me platicaban; al salir del grupo, nos íbamos a Los Pavitos, ahí platicábamos de muchas cosas y me decían que se burlaron de ellos: «¿Cómo están pidiendo un evento si ni grupos tienen?»... y nos dieron el evento. «Si no tienen grupos, si no tienen oficinas, no tienen nada».

*¿Entonces?*

Llegó un compañero de Guadalajara, Rubén; iban otros compañeros de aquí de México, Pepe O., y varios decidieron abrir una oficina intergrupala. El compañero de Guadalajara abrió la oficina de Guadalajara, en abril, si no me equivoco, del 64; un día después, se abrió la oficina de México, la oficina intergrupala. Estaba ahí, en San Juan de Letrán, que ahora tiene otro nombre: ahí se abrió la oficina intergrupala.

Yo me enteré después. Entonces, cuando Andrés me invitó a que fuera yo a la oficina, pues yo iba y, pues no me gustaba.

*¿Por qué?*

Porque no podía dar información, y hay cosas que las tengo que recordar y nada. Había otro padrino, muy buen padrino, Guillermo P., y me decía: «¿Por qué no lo escribes?». Y me di cuenta de que sabía escribir, pero no sabía leer. O sea, no sabía, escribía al «ahí se va», y cuando había que leer, pues no entendía lo que escribía. Ese fue otro motivo para aprender a escribir, para poder informar cómo debe de ser.



Quiero mencionarles que no había Oficina de Servicios Generales, y en el grupo estaba el señor, un padrino, Francisco V., que fue de los primeros custodios de la Central Mexicana. Llegaba al grupo y decía: «Vamos a abrir una Oficina de Servicios de Generales para que la vayan a ver». ¿Y yo que voy a andar yendo a una oficina? Y como siempre fue muy burlista, muy llevado, bromista y lo que quieran, se abrió la Oficina en Gabriel Leyva, tercer piso me parece. Y un día fui y me empecé a reír porque era un departamento y la poca literatura que había estaba en el piso... y me empiezo a burlar: «¿A poco es una Oficina de Servicios Generales?, ¿qué, nacional?». Y había otro padrino ahí, que decía: «e internacional». «¡Ay, no manches!». Eso es lo que uno conoce en un principio.

Decían que había que dar aportaciones a la Oficina de



*Gabriel Leyva núm. 26*

Servicios Generales. Y, por decirles, yo iba una vez a la semana. Abrían a las cinco de la tarde y cerraban a las nueve de la noche. Me acuerdo mucho del primer gerente, Juan... ahorita se me va el apellido. Entonces, iba y me servían mi café y todo, y yo



aportaba cinco pesos. Cinco pesos que en el grupo echaba máximo cuarenta centavos o un peso, cuando mucho, de séptima. Y cada vez que iba la oficina aportaba 5 pesos, y había un compañero, un señor que recibía el dinero, sacaba un libro, así:

- ¿Tu nombre?
- Federico F.
- ¿De qué grupo?
- Del mejor del mundo, del «Merced».
- ¿Cuánto?
- Cinco pesos.

Y ya me apuntaba y cerraba; sacaba un bloc de recibos, me hacía uno y me lo daba. Y esto era constante, así. Un día llegué, como de costumbre; iba a visitarlos, me gustaba ir ahí. Aporté mis cinco pesos y veo que lo anota, cuando saca el bloc de recibo digo:

—Ya ni me dé recibo, ya vi que lo anotó.

—No.

—Llévate el recibo. Si no te da resultado esto, vienes por tu dinero y te lo devolvemos.

—¡Entonces, ahí van diez varos!

Imagínese. Son cosas que uno desconoce, pero son lo que vive uno. Entonces, yo empecé a asistir y quiero mencionar algo muy importante para mí. Ahí por 1971, 72, ya había hecho el servicio en la intergrupala. Ya había hecho servicio de cafetero en el grupo «La Merced» para servirle cien cafés a la gente; lo que era contra mi voluntad, pero había que hacerlo. Y la Oficina mandó una carta a los grupos, que nombraran a su representante de Servicios Generales. Yo he de haber tenido, máximo y exageradamente, dos años o menos de dos años y dijeron así con esas palabras: «Vamos a mandar al tartamudo para que

no esté dando lata aquí». Sin hacer votación ni nada, me nombraron RSG del grupo «La Merced».

Ya hice mi servicio de RSG, y son cosas que no se me olvidan. Esto durante algún tiempo, para mí, era hablar de la soberbia, hablar de la situación de presumir. Vamos, para darme a entender, yo fui RSG de la primera generación que hubo en México.

Sí, es cierto, pero ¿y qué? Haz tu servicio y ya. Posteriormente, fui miembro del Comité Estatal del Cuarto Distrito. En aquel tiempo no había áreas, era el Comité Estatal. Estaba en Bucareli el distrito del comité al que yo llegué como RSG, y luego fui miembro del Comité Estatal, estaba ahí por donde estaba la intergrupala, en «Niño Perdido».

Y empecé a ir, y como ya traía la experiencia de trabajar en los hospitales psiquiátricos con enfermos alcohólicos, pues, cuando quedé como miembro de comité quise poner a trabajar a los RSG y fui a un hospital a hablar para que me dieran permiso de llevar información o abrir un grupo, y me dijeron que sí. Llegué al distrito y les dije que ya se abrió una puerta para dar información y poner un grupo de Alcohólicos Anónimos.



En aquel tiempo había mucha ignorancia, sin ganas de trabajar, eran muy anónimos, no querían publicar nada, y que se me ponen al brinco. Me dijeron: «No, no vamos». Hasta me preguntaron: «¿Quién abrió esa puerta?». Yo. «Pues, trabájela usted».

Dado mi carácter, dije: «No, ya no voy a ir al distrito». Y ya no fui dos o tres semanas; no recuerdo exactamente ahorita. Estamos conscientes de que en el *Manual* dice que con dos o tres faltas se suspende al servidor. Y andaba en la calle; encontré a un RSG, y me dijo: «Si no vas el viernes al distrito te vamos a destituir». «¿A mí me van a destituir? No, hombre, a mí no me destituyen». Y fui al distrito y no me destituyeron: renuncié. «Ahí está su servicio».

Fíjese que son cosas que las llevo dentro de mí y las recuerdo. En ese tiempo, tardé un promedio de diez años sin hacer servicios estructurados. Me encantaba ir a los psiquiátricos, a la cárcel de Coyoacán, a la de Xochimilco, a la de Tlalpan, o sea, a las cárceles; a los grupos institucionales a trabajar con los internos. Y diez años después, aproximadamente, porque ya fue hasta por ahí del ochenta y tantos, es cuando me reintegro de nueva cuenta a la estructura de Alcohólicos Anónimos. Ya para ese tiempo yo tenía 11 meses en Alcohólicos Anónimos. Y aquí cabe

mencionar algo importante. En el año 69 llegamos tres compañeros: Francisco Javier V., Alberto Z., yo y otros, pero de esos tres hablo. Ellos me decían: «¿Cuándo abres tú grupo en tu colonia?». No, hombre, yo que voy a andar abriendo grupos ni nada. Ellos sí lo hicieron; uno de ellos abrió el grupo «Nezahualcóyotl», Francisco Javier; y Alberto abrió otro por acá, en el Centro; finalmente, a los diez meses, me uní a unos compañeros, a Miguel A. y a Rafael Z., y abrimos el grupo «Iztapalapa».

Esas son cosas importantes y debo de agradecerle, antes que todo, a Dios y a Andrés L., mi padrino de servicio, porque siempre anduve en los servicios; entonces, era trabajar en transmitir el mensaje.

Ahorita que menciono que se abrió, cuando yo tenía once meses, el grupo «Iztapalapa», nos dedicamos a transmitir el mensaje a todas partes; a los centros de salud, aquí, allá, esto, lo otro.

Y hay cosas que no se me olvidan. Allí, en Iztapalapa, hay un *kinder*. Ahí iban mis hijos, y un día Miguel A. me dijo: «Tenemos que ir a transmitir el mensaje al *kinder*». Y que me molesto: «Oye, ¿cómo vamos a transmitir el mensaje a un *kinder* de niños que ni saben del alcoholismo?». «Pues lo pidieron. Hay que ir».



Usted no se imagina estar frente a un promedio de 40 niños de tres, cuatro, cinco años, y hablar de mi alcoholismo; me sentía ridículo, me sentía mal. ¡Qué mala suerte! Entonces, el transmitirles el mensaje ahí me hizo sentir muy mal. A la vuelta de, no recuerdo, ocho días, quin-

ce días, un mes, no recuerdo exactamente, me dice Miguel:

«Tenemos que ir a hacer otra junta de información al *kindergarten*». Que me molesto. «Oye, ¿cómo vamos a ir a hacer otra junta?, ¿qué vamos a ir a explicar a los niños lo que no entendieron o qué?».

«No sé, pero la pidieron.

Hay que ir el domingo a las doce del día. O a las diez de la mañana, creo».

Una cosa importante, a mí me gustaba ir a los servicios a hacer información. Cuando llegamos ese domingo había algunos vecinos míos, matrimonios, y uno de ellos me dijo: «Oye, ¿pues qué le dijiste a mi hija que me dijo que unos borrachos que ya no beben que quieren hablar conmigo?».

Fue un promedio de doce o quince parejas a

las que les dimos la información, de los cuales algunos se quedaron en Alcohólicos Anónimos.

Y esto es una cosa importante: la transmisión del mensaje. Ustedes no tienen idea a cuánta gente le pasamos el mensaje en el Rafael Lavista, en el Floresta, en el de los «Juaninos»; en todos los hospitales de allá de Tlalpan se le pasó el mensaje a mucha gente y muchos se quedaron. Hace poco murió uno de los que salieron de ahí ya también con tiempo en Alcohólicos Anónimos, y verdaderamente son cosas que a mí me han fortalecido: el servicio en Alcohólicos Anónimos.

*Hablaba de 1969, ese es el inicio de nuestra Oficina de Servicios Generales ¿Nos puede comentar un poquito de eso y de antes de eso? ¿Nos puede platicar también un poquito acerca de que conoció al mayor Barrón y a su esposa?*

Sí.

*¿Nos puede platicar un poquito de ambas cosas?*

Bueno, al mayor Barrón lo conocí porque se hablaba mucho en Alcohólicos Anónimos de él. Yo no lo conocía, pero hablaban de él. Y hace un momento hablaba yo de



un gran padrino, de Andrés L. Yo vivía en el centro de Iztapalapa y él vivía ahí por el «Minerva», antes de Iztapalapa. Salíamos del grupo y nos íbamos juntos. Y un día me dijo: «Hoy no me voy a ir contigo porque viene el mayor Barrón». ¡Uy!, cuando llegó el mayor Barrón y lo vi, pues me cayó gordo porque todo era sobre él y a mí... Ahí nos vemos. Fue la única vez que lo vi.

Ahora, había una compañera que vivía en la colonia Anáhuac y ella era amiga de la señora Irma Reyes de Barrón. Entonces, había ocasiones que yo iba allá a la colonia Anáhuac y estaba ahí la señora Irma. Con ella sí tuve muchas pláticas en la casa de esta mujer. Tomábamos café y platicábamos.

Ella platicaba lo que aparece en el libro de la historia de Alcohólicos Anónimos. El mayor era «alcoholicazo».



Entonces, había que meterlo a internar cuando ya estaba muy tomado, y es que se vinieron por todo el río. No sé cuál río, creo que debe ser el río San Joaquín, y se venían andando hasta el Hospital Militar para internarlo. Y platicaba la señora que venía muy bromista. Le quitó los zapatos y se los aventó al río, se cayeron; llegaron como a la siete de la noche al hospital y los recibió el general para atenderlos y le dijo a la señora Irma, eso nos lo platicó ella y está en el libro, que dijo el general: «No, pues ya con él no se puede, voy a hacer un pase para que se vaya al manicomio». Y le dijo la señora: «Pues haga dos porque donde va él voy yo». Y hay cosas que se me quedan muy grabadas porque esto fue en diciembre, en diciembre del 56. Entonces, hacía mucho frío y ella no se fue a su casa pensando en que lo iban a mandar al manicomio. Al siguiente día, cuando llegó el general y la vio ahí con mucho frío y las rodillas raspadas. Le dijo: «¿Qué no te fuiste a tu casa?». «No, pues vaya usted a mandar al mayor al manicomio». «Ahorita vemos».

El general habló a Nueva York pidiendo información de grupos de Alcohólicos Anónimos y le mandaron la dirección del grupo «Mexico City».

«Entonces, ¿quién iba a ir por esa información?». Dijo la señora Irma. Y le dijo el general: «Pues vas a ir tú para

que te den la información». «Pero ¿cómo voy a ir yo?». «Pues te voy a poner dos trabajadoras y te van a dar una credencial de trabajo social para que te atiendan».

A la mera hora, nadie fue más que la señora sola, y el grupo era de habla inglesa, el «Mexico City». Y resulta que llegó, le dieron la información, salió a las diez de la noche. El general vivía en Tlalpan, y le habló por teléfono... que ya había salido y le empezó a informar lo que le dijeron. «¿En dónde estás?». «Pues estoy aquí, en Reforma». Y le contesta: «No te muevas, ahí voy ahorita».

Fíjese, a las diez de la noche una persona no-alcohólica vino desde Tlalpan hasta Reforma para ver qué le habían dicho los de Alcohólicos Anónimos.

Le informó ella, y dijo el general: «Bueno, pues mañana vemos». Le habían dado lo que menciona un folleto de Jack Alexander: «Cuando alguien va por información, dale tres tarjetas de diferentes grupos o de diferentes personas». A ella le dieron tres tarjetas igual. Al día siguiente se vieron, y dijo el general:

—Bueno, pues aquí están, ¿qué vamos a hacer?

—Pues, vamos a hablarles.

Hablaron por teléfono. Le contestó una persona y le dijo el general:

—Oiga, ¿usted me da información de Alcohólicos Anónimos?

—Sí, ¿qué desea saber?— Ya le dijo lo que necesitaba y, además: —Sí, cómo no, le podemos hacer una junta de información allí, en el hospital.

—Bueno.

—¿Para cuándo?

Y todavía el general así, conociéndolo, dice: —Para mañana.

—Mañana estamos ahí.

Entonces se hizo la junta de información con enfermos alcohólicos. Con doctores que atendían a los enfermos, y de ahí surgió el grupo de Alcohólicos Anónimos en el Hospital Militar. De ahí, se salió a la colonia Anáhuac a abrir un grupo para que estuvieran cerca los del Hospital para que se fueran a un grupo. Son cosas que van sucediendo.

Cuando llegué a Alcohólicos Anónimos, en la Ciudad de México, me dieron un directorio con veinte direcciones de veinte grupos, y Andrés L., vuelvo a repetirlo a él, me llevó a conocer esos grupos para ver en cuál me quedaba por mi carácter agresivo. Finalmente, me quedé en

el «Merced», pero no eran veinte, eran diecisiete grupos, ya habían cerrado tres.

O sea, en 1969, cuando llegué, en la Ciudad de México había diecisiete grupos. Entonces, esto ha crecido tremendamente y me da gusto porque hemos salvado infinidad de personas, y esto hay que recordarlo y, vuelvo a repetir, yo llegué separado de Dios. Hoy tengo fe en Él y le doy gracias de que me haya iluminado la mente para poder entender este programa. Es fabuloso seguir transmitiendo el mensaje y ver cómo fue creciendo esta Oficina de Servicios Generales. Uno de ellos que puso mucho interés fue Pepe O.

Pepe fue de los que trabajó mucho para hacer la Oficina de Servicios Generales. Por ahí hay algunas fotos donde está en la primera asamblea que hubo. En aquel tiempo eran asambleas, hoy son conferencias. Recuerdo a la mayor parte de los que están en esa foto, que fueron los conferencistas o asambleístas de 1968-69, porque en las primeras asambleas fue cuando se acordó formar una Oficina de Servicios Generales. Y se abrió el 9 de diciembre de 1969. Yo tenía poco tiempo, entonces vi nacer esta oficina, allá en Gabriel Leyva, y luego se pasó a 5 de Mayo, y ya éramos más. Y, de veras, a mí me gustó mucho el servicio y yo trabajé mucho por mi carácter, por cómo era.

Hablaba hace un momento de allá, por el 64, que me pasaron el mensaje. Al amigo que me pasó el mensaje, le menté en la madre hasta que quise. Y no sé qué tiempo tenía yo en Alcohólicos Anónimos, pero eran meses, no eran años, eran meses; y se empezó a formar en el grupo «La Merced», en un evento de Alcohólicos Anónimos. Cuando me pasó el mensaje, él ya tenía 5 años en Alcohólicos Anónimos. Abrió varios grupos, uno de ellos es el «Escandón». Entonces, cuando llegó ahí, al grupo «La Merced», lo vi. ¡Ah, aquí está este, el pintor del señor Mejía! Y lo saludo y me dijo:

—¿Eres de Querétaro, verdad? —le dije.

—No.

—Entonces, me equivoqué. —y le dije.

—¿No es usted el pintor de este señor, Mejía?

—¿Tú eres el electricista?

—Sí.

—¿Cuántas llevas? —le digo.

—No, no he bebido.

—No, te digo cuántas mentadas llevas, porque, así como me la mentaste, te la van a mentar a ti.

Son cosas que se van viviendo: ver nacer la Oficina de Servicios Generales, ser RSG de la primera generación, ser miembro de comité.

Toda mi vida me la pasé en instituciones. El transmitir el mensaje en los psiquiátricos, en las cárceles. Cuando fui delegado, estuve en el Comité de Correccionales, en aquel tiempo era Comité de Instituciones que después se corrigió a Correccionales. Estuve aquí, en la Oficina de Servicios Generales; cinco años en el Comité de Correccionales; cinco años de secretario, y verdaderamente es hermoso el trabajar con internos.

Algo mucho muy importante. Por ahí de 1990, aproximadamente, me entero de que había grupos de Alcohólicos Anónimos en Islas Marías, y yo no sabía. Y me informo, porque siempre me ha gustado informarme de lo que hay. Y me di cuenta de que, por ahí de 83-84, se abrieron grupos en el penal federal de las Islas Marías, y me propuse

para ir allá. Y no, pues no me dejaron ir sino hasta el 97. Fue mi primer viaje a Islas Marías, y es una experiencia hermosa el trabajar con internos. A muchos, y hasta la fecha, les da miedo ir a una cárcel, por-



que ahí está lo «peor de la sociedad». Yo les he dicho siempre que son gente con problemas de alcoholismo que tuvieron la mala suerte, o nosotros la buena suerte de no caer en eso. Oye, pues hay que trabajar con los internos, y de veras es muy hermoso.

A mí me tocó, en gran parte, estando ya aquí, en la oficina, hacer los convenios de colaboración para trabajar las cárceles. Son muchas cosas.

*¿Qué nos puede compartir acerca de la creación o de las primeras ediciones de nuestra revista Plenitud?*

Antes de que saliera, yo recuerdo que en ese tiempo Genaro E. era el gerente de aquí; Salvador S. era servidor de aquí también y, vuelvo a repetir, a Francisco V. Entonces, nos informaron que iban a sacar una revista, y se trabajó mucho. Había mucha gente, como todo en la vida, que no estaba de acuerdo, que no querían una revista. Entonces, como a mí siempre me ha gustado eso, pues yo tenía mi colección.

Pero hay muchas situaciones que se empezaron a trabajar con la revista *Plenitud*. Alguien que le echó muchas ganas fue Salvador S. Trabajó mucho para la revista. Juan A. fue gerente de la Oficina Plenitud, y no es por ego,

pero es real; me dijeron: «Bueno, ¿y tú por qué no escribes algo para la revista *Plenitud*?». Por ahí hay un artículo en la revista 96, donde yo escribí parte de mi historial dentro del Alcohólicos Anónimos.

Hay ocasiones en que yo trabajé las cárceles, por decir una, la de Tlaxcala, y me hablaban muy seguido para ir a compartir a Tlaxcala, y yo iba. Iba a León, Guanajuato, a las cárceles; a Monclova, Coahuila, a diferentes cárceles a donde me invitaban. Y, estando en el Comité de Correccionales, pues con mayor razón. Hubo situaciones en que yo mandaba la información; decía Federico F., y en algunas cárceles decían: «¿Y este quién es?», «pues es el secretario», «pues lo queremos aquí». Y me invitaban a los CERESOS a ir a compartir, al de Puente Blanco, en Jalisco, en Guadalajara y a varios. Y, de veras, a mí me ha dado mucho resultado el trabajar con otros.

*Muchas gracias por compartirnos todo esto. Solamente a una última pregunta: me gustaría que nos pudiera compartir algo acerca de este tema tan controversial que existe en la historia de nuestra asociación de Alcohólicos Anónimos en México, que es el tema de la disidencia. El tema de cuando la Central Mexicana sufrió la ruptura. Entonces, no sé si nos pueda compartir un poco de...*

Bueno, cuando yo renuncié al servicio del comité, me pasé diez años transmitiendo el mensaje en las instituciones; fue cuando sucedió la separación.

Yo no sabía nada de la separación, pero ya después anduve informándome. Fue en el tiempo, 86, 87, cuando me reintegré a la estructura. Llegué al primer Distrito del Área Sur a trabajar en el Comité de Instituciones, y me voy informando, me voy dando cuenta de cómo fue la separación.

Hasta donde yo sé, fue un problema entre los compañeros, y puedo darles los nombres, uno de ellos era el gerente y Alberto, otro compañero al que le levantaron falsos y al Gerente, de que se estaba ganando dinero por la impresión de la literatura, de que tenía su imprenta. Entonces, Alberto dijo un día en una asamblea o conferencia: «De mi cuenta corre que te voy a correr como gerente». Y al que corrieron fue a él.

Cuando corrieron de la asamblea a Alberto, se fue a abrir la Sección México. Y luego, cuando yo fui delegado, tratamos de unificar, o tratábamos de que se uniera Sec-



ción México con Central Mexicana, pero no se pudo. No se pudo por muchas razones. Pero, verdaderamente, yo se lo dije a nuestro custodio en aquel tiempo. A él le decía por qué se hicieron varias cosas, que ya no imprimieran la literatura; que ya dejaran de utilizar el nombre de Alcohólicos Anónimos, pero no se podía hacer nada. En alguna ocasión fui a trabajar con un licenciado. Y me dijo:

—Usted está en Alcohólicos Anónimos, ¿verdad? —Y le digo: Sí.

—¿Y de cuáles es usted?

—No, pues si no hay más que uno, la Central Mexicana.

—¿Y los otros?

—Los otros son piratas.

—Bueno, ¿y por qué?

—No, es que ya se han hecho varias cosas.

—Pues, ¿qué han hecho?

Ya le expliqué lo que se había hecho y me dijo:

—No, hagan bien las cosas.

Y me dijo cómo hacer las cosas. Entonces, llegó y le digo al custodio:

—Oye, es que hay que hacer esto.

—No, cómo crees, ¿tú sabes cuántos se van a ir a beber si hacemos esto?

—Tenemos que hacerlo para que ya dejen de imprimir la literatura.

Y quiérase que no, se expuso ante los delegados, y dijeron: «Sí, hay que hacerlo». Y se hizo.

Y aquí entran cosas que, cómo las recuerdo, vuelvo a repetir, todos éramos amigos: los que estaban allá y los que estaban acá éramos compañeros. Entonces, se hizo una denuncia y les quitaron la literatura. Y yo recuerdo que estaba con un amigo, Alberto S., que estaba en su negocio y le habló por teléfono el que era, allá, el presidente de Información al Público de Sección México, y le dijo:

—Alberto, oye, necesito que me hagas un viaje, llévame a Guanajuato.

y Alberto le dijo: —No puedo ahorita

—¿Por qué no puedes? Es que me urge ahorita irme a Guanajuato.

—No, no puedo ahorita.

Al día siguiente me enteré de que él trató de huir, porque él fue a Nueva York a pedir el permiso para imprimir la literatura. Le dijeron: «No, ya está el permiso de la

Central Mexicana. Ustedes, si quieren literatura, adquieranla en la Central Mexicana».

El acta que se levantó y fueron a quitarles la literatura.

Estas son situaciones que, pues, lo dijo Bill W.: «Quién quiere irse que se vaya y el que quiera regresar, que regrese y lo recibimos con los brazos abiertos».

*¡Muchas gracias, Federico!*

## Gordon Mac Dougall y la Cruzada del Caribe

«La Cruzada del Caribe», propiamente hablando, se trató de una magna jornada latinoamericana de autoexploración e introspección, cuyos frutos redundaron en la expansión del movimiento en el área y en la fraternal comunicación con que se compartieron la esperanza y los problemas locales de ignorancia, atavismo y orgullo.

En el mes de diciembre de 1958, Gordon Mac Dougall, uno de los «primeros cien», realizó un viaje de recreo por varios lugares de la zona del Caribe y, durante su estancia por aquellas islas, pudo percatarse de la difícil situación por la que atravesaban los grupos de AA en el Caribe.

De inmediato, Gordon entró en contacto con los secretarios de tales grupos y juntos pactaron un plan para incentivar e incrementar el desarrollo, integración y fortalecimiento de AA en la región, al cual llamaron «Cruzada del Caribe».

Dicho plan consistía en una intensa labor de difusión y acercamiento con la comunidad, para lo cual se entrevistaron con médicos, directores de hospitales, clérigos, autori-



dades, medios de información y, en general, con toda institución o profesional que pudiera apoyar la labor de AA.

El entusiasmo, magnitud y calidad de la respuesta que los grupos participantes recibieron rebasó ampliamente sus expectativas originales, de tal suerte que muy pronto su éxito trascendió las fronteras de la región y, cuando México y Argentina solicitaron participar, se convirtió en un plan de alcance latinoamericano. A estos países siguieron El Salvador y Colombia y paulatinamente otros más se sumaron a la cruzada.

A continuación, se transcriben algunos párrafos de las sugerencias que Gordon ofrecía a los grupos a manera de apadrinamiento. Estos grupos, a su vez, las fueron transmitiendo a quienes les correspondía ir apadrinando; de tal suerte que estos importantes conceptos forman parte indisoluble del movimiento de AA en México.

Muchas ideas y expresiones características que circulan en los grupos tuvieron su origen en aquellas sesiones.

Para que nuestro programa resulte operante:

1. Pídale cada mañana a su Poder superior que le ayude a estar sobrio ese día. Dele las gracias por la noche por habérselo concedido. Después de 20 años, yo sigo haciéndolo.

2. No olvide nunca lo que le sucedía cuando bebía y recuerde que fácilmente le puede volver a suceder lo mismo.
3. Lea todo lo que pueda sobre AA. Tenga siempre en su casa literatura de AA. Cuando sienta tentación de beber, lea algo de eso. Tan pronto como pueda, adquiera su ejemplar del «Libro Grande» y téngalo siempre en su casa. En él encontrará todo lo que necesita saber de AA. Para usted es su Biblia. Está traducido al español, cuesta \$2.00 (en 1960) y puede adquirirlo por conducto de su grupo. Yo he obsequiado 50 ejemplares. No diga que no tiene con qué comprar uno. Usted, como todos nosotros, ha gastado mucho dinero para enfermarse, de manera que bien puede gastar unos cuantos pesitos para recuperarse.
4. Le pedimos que haga estas cosas, no por nosotros, sino por usted mismo. Nosotros las hemos hecho y nos han dado resultados satisfactorios: nos hemos mantenido so-



brios. Lo que nosotros queremos es compartir nuestra sobriedad con usted.

5. La gente pregunta: ¿Cuánto tiempo se necesita para esto? No lo sabemos. Mi opinión es que se necesitan cuando menos tres años de practicar activamente el Paso Doce, después de lo cual se trata de permanecer en AA el resto de nuestra vida, ayudando a los demás.
6. Si tiene una recaída, regrese a AA inmediatamente. Si tiene diez recaídas, regrese diez veces a AA. Nunca se dé por vencido. Yo he conocido a un individuo que no dejó de beber hasta cinco años después de haber ingresado a AA.
7. Siempre reciba bien a un compañero que regresa después de una recaída. Sea bondadoso con él y trate de ayudarlo. Usted puede ser el próximo.
8. Recuerde que de AA nadie podrá sacarlo jamás. Solo usted puede salirse, de la misma manera como solo usted es el que sufre las consecuencias.
9. Si una persona le dice que no quiere dejar de beber, no pierda el tiempo con ella: siga buscando hasta que encuentre a una que sí quiera dejar de beber.

## GORDON MAC

La Cruzada del Caribe comenzó en enero de 1959, cuando el que firma visitó las Antillas y tuvo el gusto de conocer a varios Secretarios de los Grupos de A. A. en esa región. Todos ellos estaban plenamente convencidos de que el Programa de Alcohólicos Anónimos, necesitaba desarrollo, refuerzo e integración, para poder operar con mayor eficiencia en todos los países de la América Hispánica y Sur América. Y decidieron tomar la iniciativa hacia ese fin.

Algunas de las sugerencias de Gordon sobre lo que conviene y lo que no conviene hacer.

1. Asista a las sesiones con la regularidad que usted mismo se fije al ordenar su nueva vida.
2. Pida la palabra y hable a sus compañeros. No importa que no sea un buen orador. Recuerde que también está hablando a Dios y que Él lo comprenderá.
3. Durante los primeros meses de su recuperación trate de apartarse de fiestas y lugares donde se bebe. Busque la compañía de sus amigos de AA. Llegará el día en que se dará cuenta de que puede estar en los lugares donde se bebe sin preocuparse.
4. Si trabaja para AA obtendrá buenos resultados de ella. Si trata de usar a AA para conseguir de sus miembros fines materiales, no logrará buenos resultados.



5. No considere nunca a su sobriedad como un hecho consumado. Cuando piense que ya está muy seguro, quiere decir que está en peligro.
6. Si alguien lo invita a beber y no quiere usted referirse a AA, simplemente diga que su médico le ha dicho que no puede volver a beber.
7. Si siente deseos de beber, tómese tres tazas de café. Mientras bebe el café, piense en lo que le sucedió la última vez que bebió.
8. No desilusione con una recaída a todas aquellas personas que comienzan a tener confianza en usted.
9. Siempre es conveniente que sean dos los que vayan a practicar el Paso Doce con alguien que necesita ayuda. De ser posible, es preferible que uno de los visitantes sea un veterano.
10. No le hable de AA a una persona que esté borracha, porque pierde usted su tiempo.
11. Recuerde que la cosa se va haciendo más fácil progresivamente. El primer año es el más importante y es en el que hay que esforzarse más.
12. Si está usted enojándose y encontrándole defectos a los demás, tenga mucho cuidado porque corre grave peligro. Trate de trabajar intensamente en asuntos relacionados con AA. Sienta legítimo orgullo por

nuestra asociación. Tenga fe en que Dios va a ayudarlo. La fe obra milagrosamente. Usted se recuperará.

Otras sugerencias para los que han estado en AA menos de tres años.

1. Empiece a ayudar a otros alcohólicos lo más pronto posible. Pídale a sus familiares y amigos que les señalen a las personas que conozcan y tengan un problema con la bebida. Cuando encuentre a una que esté dispuesta a escucharle, invítela a asistir a una sesión.
2. Familiarícese con los otros miembros del grupo. Trate de estar en contacto con ellos fuera de las reuniones también. Trate de ayudarlos en cualquier forma que pueda. AA está basada en la amistad. Mientras más real es la amistad, más fuerte será la sobriedad.
3. Conozca los nombres y direcciones de todos los miembros de su grupo y apúntelos en una libreta.
4. Si siente la tentación de beber, comuníquese con alguno de los miembros. Cuénteles lo que le está sucediendo. Ese miembro lo acompañará hasta que usted deje de sentir ese impulso de beber.
5. Si no logra usted llevar nuevos miembros al grupo, estimule a los nuevos que haya en él y comparta con

ellos los conocimientos que ha adquirido. Esto también es practicar el Paso Doce.

6. Explíquelo a otras personas qué es AA y todo lo que puede esperarse de AA. Puede que los necios se rían de usted, pero los que no lo son, le guardarán el debido respeto.
7. Visite al sacerdote y al médico que conozca e invíte-los a que asistan a una sesión abierta.
8. Proporcione literatura a cualquiera a quien podamos ayudar o que pueda ayudarnos a nosotros.
9. Trate de hacer algo por AA todos los días. Pronto sentirá que AA es de usted y que le interesa el desarrollo de eso que es suyo.
10. Los que más le ayudarán a permanecer sin beber y a acrecentar su sobriedad, son los que usted trajo a AA.

De los apuntes que un compañero tomó de alguna de las intervenciones de Gordon en los grupos mexicanos, destacan estos tres fragmentos de quien fuera no solo el iniciador de la «Cruzada del Caribe», sino además uno de los fundadores de AA en Escocia.

«... Nos platica Gordon que cuando bebía, hacía oración, y Dios no le oía y nunca entró en tratos con Él. Hasta que comprendió que un trato con Dios debe hacerse en los siguientes términos:

“Yo haré tu trabajo ayudando a mi prójimo. Tú me conservarás sobrio”».

Tomado del libro *Alcohólicos Anónimos en México*, págs. 102, 103, 122-127.

